



# EL ENIGMA DE LOS VENCIDOS

Armando Rodera

© Armando Roderer, 2011

1ª Edición digital

Depósito legal: M-8682-04

[www.elenigmadelosvencidos.es](http://www.elenigmadelosvencidos.es)

[www.armandorodera.com](http://www.armandorodera.com)

Ilustración: © Miguel Ángel López

*Reservados todos los derechos de la obra, debidamente registrada. Su plagio, total o parcial, sin citar a su autor constituye un delito. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

## **DEDICATORIAS**

Este proyecto jamás hubiera salido adelante sin el incondicional apoyo y la inestimable ayuda de un buen número de personas a las que quiero dedicarles este libro.

A los escritores Blanca Miosi y Eduard Pascual, por haber tenido la paciencia de leer aquel primer borrador tan lejano en el tiempo, ayudándome con sus impagables consejos a encontrar la senda correcta para que esta novela pudiera seguir su propio camino.

A Miguel Ángel López, MiánRos, por la magnífica portada que ilustra este libro.

A mis grandes amigos Juan Carlos, Esther y Jesús A., por ser de las primeras personas que leyeron y creyeron no sólo en este libro, sino en mi loco empeño por dedicarme a escribir. Sin su fundamental apoyo y su amistad verdadera a lo largo de todos estos años sería muy difícil que este sueño hubiera sido posible. ¡Gracias, amigos!

A todos los blogueros y seguidores en redes sociales, pasados, presentes y futuros, por brindarme la oportunidad de conocerlos y de ese modo enriquecerme personal y profesionalmente.

A Daniel Sempere y su "Cementerio de los libros olvidados" porque al leer sus aventuras decidí, por fin, lanzarme a una aventura que me ha reportado experiencias maravillosas.

A mi familia, por creer en mí y apoyarme desde el principio; el simple hecho de ver cómo se emocionaban al leer mi primera obra me hizo pensar que quizás estaba en el buen camino.

Y como no, quiero dedicarle esta novela y todas las que siga escribiendo a Arantza, mi pareja, la mujer que me completa y me hace ser mejor persona. Es la que primero lee mis novelas y mi mayor seguidora, pero a la vez es una crítica severa que guía mis pasos cuando ando perdido. Con su fe inquebrantable en mi trabajo y en mí, apoyándome y ayudándome a lo largo de todos estos años, ha conseguido que al final crea que los sueños perseguidos se pueden alcanzar, aunque haga falta mucho trabajo y esfuerzo. Ella es algo más que mi musa y su sola presencia me anima a luchar con todas mis fuerzas para llegar a la meta. Gracias de corazón, por todo.

Y por supuesto a ti, querido lector, porque sin ti nada de esto tendría sentido.

## ***LA VUELTA A CASA***

Fue muy extraño regresar a la ciudad, a aquel Madrid tan cambiado. Multitud de coches proliferaban por doquier mientras la anarquía más absoluta se adueñaba del ambiente. Un calor asfixiante me recibió en esos últimos días de junio, apenas comenzado el verano de 1986. El país estaba casi paralizado por el Mundial de Fútbol de México, y aunque no me importaba mucho, algo escuché sobre una hazaña española en Querétaro, debida a un tal Butragueño. En ese momento no tenía la menor idea de quién era dicho personaje, pero suponía que alguien conocido. El estar tanto tiempo lejos de casa no ayudaba precisamente a conocer a las celebridades patrias. Mis últimos años habían transcurrido en Brasil y allí no llegaban demasiadas noticias sobre nuestro país. Tendría que acostumbrarme poco a poco a mi nueva vida.

Decidí comenzar de cero, tal y cómo había planeado. Empecé a mirar casas con ánimo de adquirir alguna propiedad y así invertir parte de los ahorros conseguidos durante nuestra estancia en ultramar. Al final me decanté por un piso muy amplio que se encontraba cerca del centro de la capital, en el distrito de Arganzuela, en la señorial calle Toledo. A simple vista parecía buena zona, con vecinos agradables, y el edificio se hallaba en perfectas condiciones; no era completamente nuevo pero lo aparentaba y decidí comprar el inmueble sin demorarme un instante más.

Una vez instalado en el piso debía encargarme de otros menesteres. Había heredado una propiedad, según rezaba en una carta en mi poder remitida desde la oficina del ilustre notario don Justo Rodríguez a nuestra dirección en Brasil, por lo que creí conveniente personarme en dicha notaría para aclarar la situación. Afortunadamente no tardé en encontrar el despacho oficial, afincado en la calle Alfonso XI, a espaldas de la Plaza de Cibeles. Éste se hallaba en un edificio señorial, de esos de techos altos adornados por frisos y con un ascensor antiquísimo en su interior. Desistí de todos modos de utilizar el artilugio mecánico y subí a pie los escasos dos pisos que me separaban de la puerta buscada. El señor notario me atendió muy cortésmente después de esperar unos breves minutos.

Una vez comprobados los papeles que llevaba conmigo y efectuados ciertos trámites, don Justo me entregó las llaves y la escritura de propiedad de una tienda de antigüedades situada en el casco viejo de Madrid. Un cierto cosquilleo recorrió mi estómago, y sentí curiosidad por conocer al fin aquel sitio heredado en tan curiosas circunstancias.

No perdí más tiempo y me personé allí al día siguiente. El local se encontraba en la calle de la Ruda, muy cerca de la Plaza de Cascorro. Estaba situado en pleno meollo del Rastro de Madrid, ese increíble caos que se formaba todos los domingos por la mañana en aquel barrio tan castizo. Se trataba de un establecimiento de rancio abolengo, con una firme estructura de madera muy bien conservada, aunque los años en desuso habían dejado su impronta. Los ventanales, tapados, no dejaban entrever el contenido del local, y un cierre metálico con bastante herrumbre impedía el paso al interior del misterioso lugar.

Me acerqué muy lentamente a la entrada. Entonces vislumbré en la parte superior, casi tapadas por la suciedad y el paso del tiempo, unas letras de color marfil apagado. Creí entrever que se referían al nombre del establecimiento en su última época de esplendor: **“El desván de tus sueños”**. El nombre venía que ni pintado, tanto por lo que pudiera haberse encontrado allí dentro, como por mi propia situación personal. Decidí mantener dicho nombre para el negocio, mi negocio, pues había decidido abrirlo de nuevo al público.

En un principio sólo hallé polvo al adentrarme en él, en medio de una oscuridad absoluta. Después de encender los plomos pude apreciar, todavía medio en tinieblas, la nueva propiedad que había llegado a mis manos casi sin querer. En un primer vistazo comprobé que se trataba de un local muy espacioso, con muchos bultos empaquetados, y otros tapados con sábanas, además de estanterías con libros y otros cientos de objetos que me costaría una barbaridad poder colocar y clasificar.

Al poco rato tuve que salir al exterior; siempre he sido alérgico al polvo y no podía respirar allí dentro. Decidí contratar a una empresa especializada para que adecentara un poco aquel desastre, dejando claro que el negocio sólo requería una limpieza general: local, ventanas, puertas, entrada, rótulos y similares. Del contenido en sí me haría cargo yo, pero poco a poco. Los operarios hicieron un trabajo muy profesional y quedé contento con su desempeño. El inmueble quedó irreconocible; parecía un sitio totalmente diferente al que había visto por primera vez. Me llevé una gran alegría, y por primera vez en mucho tiempo, dejé aflorar una sonrisa en los labios.

En un breve lapso de tiempo me instalé definitivamente en el nuevo piso y terminé de colocar el contenido de la tienda. Casi como un niño con zapatos nuevos me dispuse a disfrutar del momento: una nueva etapa aparecía por el horizonte y debía afrontar con ánimo los retos que se presentaran a partir de entonces.

Unos días más tarde, a finales del caluroso agosto, el tiempo transcurría lentamente mientras me dedicaba a catalogar unos libros antiguos en el interior del local. Había dejado semiabierta la entrada para que se ventilara un poco, puesto que todavía quedaba polvo en el ambiente, sobre todo impregnado en los viejos volúmenes. Limpiaba un mostrador antiguo que había servido para atender a la clientela en tiempos pasados, dispuesto a adecentarlo ante la reapertura de la tienda, y en ese momento escuché un murmullo. Dos cabecitas menudas se asomaron por la puerta, con ojos curiosos, mientras reían atropelladamente.

— ¿Quién anda ahí? —pregunté divertido.

—Perdone, señor... —dijo un mozalbete con cara de travieso.

—Pasad, chavales, pasad. Adelante, estáis en vuestra casa —contesté a aquellos chicos, pues eran dos los muchachos que intentaban avistar el interior del local.

Se trataba de dos jovenzuelos de unos trece o catorce años. El que me había contestado era bajito y enjuto, con cara de pillo. Un chico moreno de rasgos perfilados y ojos profundos, inteligentes. El otro muchacho, un pelirrojo pecoso, era un poco más alto y no tan flaco; se le veía más cortado que a su compañero, con una actitud más tímida.

— ¿Qué hacíais ahí escondidos, eh? —quise amedrentarles un poco entre risas apagadas.

—Nada, señor; vimos la puerta abierta y curioseábamos, nada más —exclamó con desparpajo el bajito, mientras su compañero le miraba con cara de sorpresa.

—No os preocupéis, no muerdo. Intentaba colocar todo esto para abrir la tienda cuanto antes; por eso estaba el cierre así. De todos modos no deberíais fisgar en propiedad ajena, os podríais llevar un buen susto algún día.

—Sí, tiene usted razón —volvió a replicar el mismo chico—. Le pedimos perdón. Nos extrañó ver movimiento en el local sabiendo que el negocio lleva mucho tiempo cerrado. Nuestros padres eran amigos del antiguo dueño, un señor muy simpático según creo haberles oído. No sabíamos que se volvía a abrir la tienda y por eso quisimos curiosear un poco.

—Sí, era un señor muy agradable, estoy de acuerdo con vuestros padres. Pero ahora yo soy el dueño; espero también caer en gracia a los vecinos de la zona y que este negocio vuelva a florecer —repliqué—. Por cierto, soy nuevo en el barrio y debería presentarme: mi nombre es David Sanromán.

—Mucho gusto, señor Sanromán. Este es mi amigo Rubén y yo soy Samuel. Vivimos por el barrio, nos veremos a menudo —volvió a decir el menudo y locuaz mozalbete.

—Encantado de conocerlos. Pero no me tratéis de usted, por favor, no soy tan mayor. Me podéis llamar David simplemente.

De ese modo tan casual conocí a aquellos chicos, que más tarde serían de inestimable ayuda. Para ser sincero, en ese momento sólo pensaba en la apertura del negocio y me pareció una buena señal la aparición de los muchachos, casi como una bienvenida al nuevo barrio en el que creía entrar con buen pie.

El verano llegaba a su fin y yo esperaba tenerlo todo preparado para poder abrir la tienda con la llegada del otoño. Todo el vecindario volvería pronto de vacaciones y quería que se encontraran con el nuevo negocio. Tendría que hacer algo de publicidad aunque, al estar situado el local en aquella zona tan concurrida, prácticamente no haría falta.

Admiré orgulloso el resultado de mi esfuerzo, una mezcla de tradición y modernidad con toque exótico de magia e ilusión. En aquel local con solera las posibilidades eran infinitas: había muebles antiguos, auténticas reliquias por las que coleccionistas podrían pagar sumas interesantes. Cuadros de pintores poco conocidos, pero algunos muy valiosos. Muchos libros, incunables incluso. Y por supuesto, juguetes de todas las clases y épocas: muñecas de porcelana, coches de varios tipos, autómatas, juguetes de latón, de madera y cientos de artículos llegados desde infinidad de países distintos. Me había esmerado, trabajando muy duro para conseguir una delicia para los sentidos, y quería abrir al mundo ese escenario mágico.

Sonó el teléfono recién instalado mientras colocaba unos libros en la estantería. Me pareció extraño porque nadie tenía todavía el número, pero fui a contestar. Quise alcanzar deprisa el aparato y tropecé con una pequeña alfombra que cubría el suelo de madera, al final del pasillo que utilizaba como almacén. Me enderecé enseguida, pero el teléfono ya había dejado de sonar.

Me fijé en la alfombra. Estaba mal colocada; la levanté e intenté ponerla en su sitio. No quedaba bien, se enganchaba en la madera. La aparté del todo para ver qué ocurría. Una tablilla de madera se encontraba ligeramente arrancada y no cuadraba a la perfección. De todas formas noté algo extraño y fui en busca de una linterna para poder apreciarlo mejor.

Examiné detenidamente mi hallazgo, de rodillas en el suelo. Esa tablilla aparecía diferente, cómo si la hubieran colocado más tarde que las originales. Seguía una

secuencia; los listones de alrededor se correspondían con ella, pero no con el resto del suelo. Me pareció algo fuera de lo común. Al analizarlo detenidamente pude comprobar que había por lo menos un metro cuadrado de tablillas diferentes. Formaban un rectángulo casi perfecto, y se notaba en los bordes que dichas tablas habían sido colocadas *a posteriori*. No sin sorpresa me pareció sentir una ligera corriente de aire saliendo de una de las juntas, algo más dilatada que las demás.

Busqué algo para hacer palanca, no podía dejar las cosas así. Afortunadamente no necesité destrozar el suelo; al observar con más calma di con la solución. Se trataba de una trampilla camuflada, y en ese momento descubrí el mecanismo de apertura. Sólo tenía que apoyarme en un lateral y tirar del otro lado. Conseguí levantar la tapa con algo de esfuerzo, sin saber todavía lo que podría encontrar allí abajo.

Al abrir del todo la trampilla vislumbré una escalera de caracol que conducía a un lóbrego sótano. Me dio un poco de recelo pero debía investigarlo más a fondo. Cerré bien la puerta de la calle, agarré con fuerza la linterna en una mano y una vara de hierro en la otra, por si acaso, y procedí cautelosamente. En las profundidades del edificio olía a cerrado y a humedad, pero se notaba frescor en comparación con el piso superior. No sabía si ese sótano había sido utilizado con asiduidad o permanecía oculto por algún motivo, pero estaba dispuesto a averiguarlo.

A primera vista no encontré nada extraordinario; entonces no sabía lo equivocado de dicha apreciación. En un lateral distinguí estanterías desvencijadas con montones de libros en no muy buen estado. En otra esquina encontré cajas de cartón precintadas; en su interior hallé multitud de tebeos y cómics que podrían hacer las delicias de los niños y no tan niños. Asombrado, comprobé que algunos eran primeras ediciones muy difíciles de conseguir.

Seguí entonces investigando. Al final de esa estancia, cubierto por unas sábanas viejas, encontré algo más. Retiré esas sábanas mohosas y raídas por los ratones. Lo que vi entonces me sobrecogió y logró que mis pupilas se dilataran escandalosamente.

Ante mí apareció la maqueta de tren más asombrosa que había visto en mi vida. Medía casi dos metros de ancho por tres de largo, con una altura de un metro. Plasmaba cada elemento a la perfección con un realismo sorprendente. Disfruté al admirar la estación de trenes, con su jefe agitando la bandera mientras la locomotora iniciaba el viaje. Multitud de detalles jalonaban aquel regalo para los ojos: en los trenes, las personas, las vías o el paisaje, no le faltaba pormenor alguno. Parecía mismamente que

nos encontráramos en los Alpes, con las montañas nevadas y un precioso lago situado a sus pies, junto al camino del tren.

El hallazgo me había encandilado, y sin saber muy bien los motivos intuí que la maqueta todavía funcionaba. Miré entonces el reloj. Era tarde y llevaba mucho rato en el sótano; decidí tapar mi descubrimiento y buscar al día siguiente el mecanismo que lo pusiera en marcha. Pensé que sería mi juguete preferido, sin dudarlo; no podría describir con palabras la impresión que me había causado el hallazgo. Regresé a casa para descansar, pero los nervios que tenía en el estómago no me dejaron dormir bien. Tal vez fuera por lo sucedido en esa tarde: la trampilla, el sótano escondido y demás. La maqueta era fantástica, eso sí, pero algo más rondaba como una débil bruma en mis pensamientos.

En días sucesivos continué con la tarea de adecentar el establecimiento para poder abrirlo al público. Ni siquiera tuve tiempo de volver al sótano para estudiar bien su contenido. Y cuando al fin pude bajar, no conseguí poner en funcionamiento la maqueta. No sabía cómo hacerla arrancar y eso me desesperaba; quería ver el tren en marcha, contemplar su salida de la estación y su majestuoso paso a través de ese paisaje de ensueño, a toda velocidad. Al final, después de muchas pesquisas, conseguí encontrar el mecanismo que ponía en marcha esa joya. La fascinación subió de nivel al ver en movimiento todo el conjunto: era una auténtica delicia para los sentidos.

Decidí guardar para mí el hallazgo de la maqueta, por lo menos de momento. Habría que restaurar y limpiar alguna de las partes más castigadas por el paso del tiempo para devolverle su magnificencia, aunque aún no tenía claro si la incluiría después en el catálogo de los productos a vender. Quizás podría ser mi juguete particular.

Todavía tardé otras dos semanas en dejar el local a mi gusto, listo para abrirlo al gran público. Y por fin, a mediados de septiembre, llegó el gran día de la reapertura del negocio. Preparé un pequeño ágape para celebrarlo e invité a algunos vecinos. Mis jóvenes amigos asistieron, acompañados de sus padres, y pude charlar con todos ellos distendidamente. La reunión fue todo un éxito y me pareció caer bien a los vecinos de la zona. En ese momento sólo deseaba entrar con buen pie y ponerme a trabajar enseguida, para que el negocio empezara a funcionar. Tuve buenas sensaciones y eso se notaba en mi rostro, relajado y feliz.

El otoño llegó a nuestra ciudad. Los comienzos fueron difíciles, pero poco a poco empezaron a entrar más clientes en mi negocio, no ya sólo a curiosear, como al

principio, sino también a comprar. Me acostumbré enseguida a esa nueva vida y con el trajín de los primeros días casi me olvidé del descubrimiento en el sótano. Era un martes por la tarde, creo recordar, y afuera se adivinaba débilmente la llegada de los fríos. Los árboles de la zona mudaban poco a poco su color, tachonando las desnudas calles con las hojas caídas de las copas. Un ligero viento azotaba los ventanales y conseguía que los cierres metálicos tocaran una curiosa melodía.

Pensé que era un momento como otro cualquiera. El crepúsculo se acercaba y cerré la puerta de la calle, colocando bien visible el cartel de cerrado. No necesitaba compañía en esos momentos y decidí descender a mis nuevos dominios, todavía por explorar. Cogí la linterna y me adentré en el sótano. Como una luciérnaga que va a la luz fui en busca de la maqueta, atraído casi magnéticamente. La destapé de su infame cobertura y volví a contemplarla fascinado. No sabía el motivo, pero ese artilugio ejercía un extraño poder sobre mí.

Había instalado una pequeña luz para poder contemplarla en toda su plenitud. Rápidamente aprendí a manejar la maqueta, y con paciencia descubrí el diferente funcionamiento de todas sus piezas: los trenes en marcha, el paso por los túneles y su marcial circular al lado del lago con los pasajeros saludando, momento fugaz que me dejaba sin palabras cada vez que lo contemplaba.

Y debía ser que aparte de sin palabras también me había afectado al sentido del oído. No escuché unas cantarinas voces llamándome desde el piso superior hasta que fue demasiado tarde.

—David, David, ¿dónde estás? ¿Te ocurre algo? —oí claramente la vocecita de Samuel.

—Déjalo, ya volveremos —dijo su amigo Rubén.

Intenté llegar hasta ellos rápidamente, antes de que encontraran la trampilla. Creí recordar que había colocado el cartel de cerrado, pero no sabía si al final eché el pestillo. Seguramente los niños entraron sin más y al no verme pensaron que algo sucedía. En dos zancadas llegué a la escalera que subía a la estancia principal, pero los mozalbetes ya la habían descubierto y me pillaron *in fraganti* saliendo por la trampilla. Aquello requería una explicación y necesitaba encontrarla a la voz de ya.

—Ah, menos mal, estás aquí. Creíamos que te había pasado algo —dijo Samuel.

—No, tranquilos. Estaba en el almacén, ya sabéis, colocaba unas cosas. Creí que había cerrado la puerta y al estar entretenido, ni os he oído entrar —intenté disimular.

—Sólo queríamos saludarte. Al entrar y no verte decidimos buscarte por si te habías caído o algo así —explicó Rubén.

—Oye, ¿de dónde sales? ¿Es una entrada secreta? —insinuó Samuel.

—No, que va. Es el viejo almacén que tenía la tienda. No hay más que libros antiguos y mucho polvo, tengo que adecentarlo un poco.

— ¿Seguro? Pero si la entrada es diferente, el suelo no es igual, y la trampilla está tapada por una alfombra. ¡Ni que hubiera un tesoro ahí abajo! —dedujo Samuel.

—Bueno, eso habría que preguntárselo al antiguo dueño. Al entregarme las llaves me explicaron que esto estaba así construido y no pregunté el motivo —mentí descaradamente.

—Pues podrías enseñárnoslo, ¿no? Aunque no haya tesoros, nos encantaría bajar al sótano. ¡Qué emocionante! —pidió Samuel.

—Sí, estaría bien, ¿nos lo enseñas? —concluyó Rubén.

No me lo podía creer. Pillado con las manos en la masa por dos imberbes que me habían obligado a mentir como un vulgar delincuente en mi propia casa. Tuve miedo o quizás me avisaba un sexto sentido. No sabía si decirles la verdad a los chavales. Ignoraba si el sótano tenía un significado oculto, nadie me había avisado sobre el particular. Decidí arriesgarme. Bajamos los tres juntos, pasito a pasito por la escalera de caracol, directos al comienzo de nuestra aventura común. Pero eso nadie podía ni siquiera imaginarlo en esos instantes.

Recorrimos el lúgubre lugar, linterna en ristre, mientras intentaba aparentar normalidad ante los muchachos. Les mostré lo que pude: unas estanterías por aquí, unos libros por allá. Creí que la visión de las cajas llenas de tebeos les encantaría y así podría escapar sin enseñarles la maqueta, pero me equivoqué. Samuel, ese muchacho con alma intrépida, descubrió el artilugio tapado por sábanas mucho antes de que pudiera siquiera rechistar.

Samuel corrió hacia allí sin darme tiempo a alcanzarle. ¡Qué demonio de chico! Llegó y se colocó al lado de la maqueta, demasiado cerca para que no me pusiera nervioso, ansioso por levantar la sábana, pero a la vez mirándome a la cara mientras estudiaba mi reacción.

— ¿Qué hay aquí debajo? —dijo Samuel—. Al final seguro que tienes un tesoro y todo.

—Que va, no es ningún tesoro, te lo aseguro —contesté con pesar.

—Bueno, no te preocupes. Si no nos lo quieres enseñar, estás en tu derecho. No somos nadie para molestarte en tu propia casa.

—No, no pasa nada, de verdad —apostillé.

Una vez en la guarida del león no había marcha atrás ni posibilidad de escape. Decidí enseñárselo, algo fastidiado por desvelar mi particular secreto, ya que todavía no había decidido qué hacer con la maqueta. Quizás podría compartir el juguete con mis nuevos amigos, pero siempre dentro de unas reglas preestablecidas.

Destapé el tesoro y mis jóvenes vecinos casi se cayeron de la impresión. Se quedaron anonadados, con los ojos como platos, clavando su mirada en la hermosura del hallazgo. Debía ser que, como a mí, la maqueta los había embrujado un poco, porque ni siquiera podían articular palabra.

Al final reaccionaron y entre saltos de gozo me dieron las gracias por haberles enseñado esa delicia. Puse en funcionamiento los trenes y los niños disfrutaron como locos, ensimismados ante tanta belleza. Intenté hacerles comprender que debía ser un secreto entre los tres; de ese modo les permitiría jugar con la maqueta cuando quisieran, siempre dentro de unos límites, y sin importunarme demasiado. Mencioné por encima cómo lo había descubierto, sin darle demasiada importancia al hecho de que se encontrara en un sótano secreto.

Ya era muy tarde y Samuel y Rubén tenían que volver a casa antes de que se preocuparan sus padres. Pensé que ya habían tenido suficientes emociones para un solo día y decidí apagar el invento hasta la siguiente ocasión. No me dio tiempo. En ese momento Rubén se agachó para atarse las zapatillas de deporte, ambas desabrochadas. Como algo natural, puso una rodilla a tierra y procedió con el pie izquierdo. Al incorporarse apoyó su mano en la base del juguete, a una altura de unos treinta centímetros sobre el suelo, en una parte semioculta todavía por las sábanas no totalmente retiradas. Entonces se oyó un clic metálico.

En ese preciso instante la locomotora principal traqueteaba por la estación, justo a la altura de una marca en los raíles de la que no me había percatado hasta ese momento. No sabía si ese detalle tenía mucho que ver pero empezaron a oírse a continuación unos ruidos bastante extraños. Los chavales me miraban atónitos, con cara de susto, y no supe qué decirles.

De repente el tren, al llegar al túnel, desapareció sin que ninguno de los presentes supiéramos dónde se había metido. La maqueta empezó a cobrar vida y ante nuestra perpleja mirada se transformó en algo totalmente diferente. Todos los detalles del

autómata se desplazaron, desapareciendo por recovecos y huecos que surgían como por encanto. Parecía cosa de brujas. En un instante la maqueta se quedó prácticamente plana exceptuando el gran lago: a ojos vista, éste había aumentado considerablemente de tamaño, y a la sazón ocupaba todo el centro del endemoniado artefacto. Tuve que taparle la boca a Rubén para que no gritara, alucinado ante el espectáculo.

Los trenes con sus pasajeros desaparecieron del todo, así como las montañas y todos los pequeños detalles que tanto nos habían fascinado. Casi sin darnos cuenta el lago artificial se abrió, cuál dragón de grandes fauces, resuelto a tragarse todo lo que encontrara a su paso. Pero no ocurrió exactamente así, sino que al separarse el lago por su invisible mediatriz, la maqueta original desapareció completamente y un nuevo ente emergió de las profundidades del juguete.

No pude discernir bien lo que allí se nos mostraba. Un engendro mecánico, con multitud de partes diferentes casi incomprensibles, se plantó delante de nuestros ojos. Sólo al exhibirse en todo su esplendor pudimos contemplarlo con más calma. Se trataba de una especie de tablero primigenio, rectangular, que ocupaba prácticamente la mitad de la maqueta original. Era algo extraño. Se asemejaba a un juego de mesa, y pudimos distinguir unos caminos pintados, con casillas de diferentes tamaños y colores, en plan juego de la oca pero muchísimo más complicado. En algunas casillas se veían pequeñas maquetas a escala asemejándose a edificios antiguos. En ambos laterales se apreciaba también una suerte de túnel donde se encontraban dos bolas metálicas, a imagen y semejanza de las máquinas de petacos que tanto gustaban a los niños.

En el centro mismo del tablero había surgido una pieza muy extraña que no supe descifrar en ese momento. De la misma brotó una pequeña caja que quedó a nuestra merced en pocos segundos. Desde luego aquel cacharro era un prodigio mecánico, digno del mejor ingeniero, y nos había dejado completamente alucinados.

La cajita estaba forrada de una tela muy suave, en color azul. La abrí lentamente sin saber bien a qué me enfrentaba, aunque necesitaba averiguarlo. Los chavales se habían quedado mudos y me dejaron hacer, temerosos del resultado por sus gestos nerviosos. En el interior de la caja me topé con dos dados muy pulidos, uno de color violeta, y el otro amarillo con vetas rojizas. Estaban pulcramente tallados, en un material que no supe discernir a simple vista, pero que brillaba una barbaridad. Al tacto eran suaves pero a la vez daban la sensación de ser duros y fuertes. Tenían seis caras, como todos los dados, pero con una diferencia con los considerados normales. En una cara no había nada serigrafiado, se encontraba en blanco, mientras en las demás caras distinguí

los números desde el uno hasta el cinco, siempre con puntitos de color negro marcados en la superficie.

Al lado de los dados hallé dos fichas con sus mismos colores. O en ese momento intuí que eran fichas, debido a la similitud que había creído encontrar entre el artilugio y un juego de mesa tradicional, aunque como ustedes pueden comprender sólo era un parecido razonable. Las fichas, por así llamarlas, se asemejaban a dos animales mitológicos, aunque no era capaz de encontrarle sentido alguno a aquellas formas infrahumanas.

Me fijé más detenidamente en el supuesto tablero y noté que tenía dos salidas, cada una pintada con los mismos colores hallados en las restantes piezas. Era sumamente curioso; me fijé que si partíamos de cualquiera de las dos salidas habría que pasar por el resto de casillas de las que podrían denominarse principales, esas más grandes con una maqueta en su interior, antes de llegar al destino, al final de aquel ingenio.

Dicho final era una casilla más grande que las demás, de color verde azulado. Albergaba algo parecido a un sarcófago, tallado a mano, que se encontraba al lado de un signo rarísimo grabado en la superficie. Reparé entonces en dicho signo, una especie de clave de sol deformada. Se encontraba también dibujado en la tapa de la cajita recién abierta y en algunas otras partes del tablero. Esas coincidencias me chocaron bastante.

Los túneles laterales discurrían por el exterior del tablero, paralelos a él. Noté que seguían dos direcciones y desembocaban en una pequeña abertura situada junto a las dos supuestas salidas. Dos pequeñas bolas de acero esperaban al llegar a esa altura, dispuestas a empezar el juego, o eso me pareció en ese instante.

Pude apreciar entonces que en el interior de la pequeña caja se encontraba un documento doblado. Era una hoja de un papel especial, de alto gramaje y color hueso, muy deteriorada por el tiempo. Tenía palabras escritas pero no las podía leer en aquellas condiciones. Quizás después de todo pudiéramos comprender de qué iba todo aquello que nos tenía completamente ensimismados, casi sin percatarnos del tiempo transcurrido. El mismo signo ya descrito aparecía como marca de agua en la hoja que tenía entre mis manos. Acerqué la linterna y comencé a leer:

### ***“EL ENIGMA DE LOS VENCIDOS:***

*Reglas:*

*1 – Cada jugador tomará una ficha y se encaminará a su salida correspondiente, dispuestos a comenzar el juego según el orden que dictaminen los dados, lanzados*

*de manera conjunta para dilucidar el primero en salir. Como comprobarán, el número de jugadores es dos.*

*2 – Posteriormente se apretará el botón que se encuentra en la parte inferior izquierda del tablero para que las dos bolas metálicas se coloquen en su posición natural, paralelas pero por debajo de las fichas dispuestas en el tablero.*

*3 – Comienza la partida el jugador que haya sacado más puntuación al tirar ambos dados. En la siguiente tirada ya sólo se procederá con el dado correspondiente a su color.*

*4 – El dado sólo se puede tirar en el habitáculo específicamente destinado para ello, que se encuentra en la parte frontal del tablero. Si por cualquier motivo el dado sale fuera de dicha zona, habrá que repetir la jugada.*

*5 – Una vez lanzado el dado se avanzarán tantas casillas como marque su numeración, entre una y cinco en cada caso. Como habrán podido comprobar, la mayoría de las casillas son neutras, no ocurrirá nada, y sólo al caer en algunas de las principales tiene motivo este juego.*

*6 – Cuando el jugador caiga en una de dichas casillas, decoradas con diferentes motivos arquitectónicos, se le mostrará inmediatamente lo que tiene que hacer a continuación. Sólo avanzaremos que el jugador tendrá que efectuar una prueba para poder avanzar a la siguiente casilla. En caso contrario quedará atascado en esa posición sin poder continuar el juego.*

*7 – Si no se siguen estas premisas el juego no podrá terminarse, es imposible concluirlo sin cumplir las reglas. Para llegar al final y solucionar el enigma correspondiente tiene que encontrarse tanto la ficha en superficie como la bolita de acero por debajo, en paralelo. Y ésta no se mueve si no se cumple lo anterior. Hay que seguir los pasos y resolver las distintas pruebas. El dado no funcionará si no se ha pasado una prueba, y sí, podremos mover la ficha con la mano a otra casilla, pero el resto del juego no se activará. Incluso podría bloquearse y desaparecer igual que llegó.*

*8 – Sólo si se siguen todas las instrucciones podrá llevarse a cabo esta pequeña aventura. Como verán se encuentran dentro de un pequeño mapa del centro de Madrid, así que el conocimiento de dicha zona ayudará a solucionar los enigmas.*

*9 – Este juego fue inventado para salvaguardar ciertos secretos que ahora pueden salir a la luz. Sólo usted, jugador avezado, podrá solucionarlo con*

*paciencia, sabiduría y algo de suerte. Si es así, enhorabuena, porque habrá conseguido desentrañar el misterio y devolver todo a su situación natural.*

*En Madrid, a 25 de julio de 1957. “*

No podía creérmelo, aunque lo tuviera delante. Volví a leer punto por punto el texto, todavía sorprendido. Los niños me miraban de hito en hito, sin decir nada, pendientes de mi reacción. Les leí el contenido, mientras sus ojos centelleaban y la boca se les abría de puro asombro.

Decidimos averiguar algo más sobre el juego, por lo que estudiamos detenidamente la maqueta con cuidado de no tocar ningún mecanismo inapropiado. Si hurgábamos demasiado era posible que pudiera desaparecer de la misma manera que había llegado hasta nosotros, casi como por arte de magia. Al agacharme noté que en la parte inferior del soporte de la maqueta había una especie de resalto; el mismo que había pulsado accidentalmente Rubén, justo en el momento en que la locomotora principal circulaba por la marca ya descrita. Quizás ese era el modo de comenzar la partida, tendríamos que investigarlo a fondo.

Pensaba que una vez en España mi vida estaría alejada de los sobresaltos de antaño, pero parecía estar equivocado. De momento ya me había llevado una sorpresa mayúscula en el sótano de mi nueva propiedad, y todavía ignoraba el potencial que el juego albergaba en su interior. Y todo por hacerme cargo de un negocio que en principio no era de la familia. Mi mente divagó, recordando los años transcurridos en Brasil e incluso etapas anteriores. Casi sin querer recordé la mañana de mi primer día de universidad; podía oler prácticamente el café recién hecho por mi madre mientras preparaba el desayuno en la cocina, hacía ya tanto tiempo. Quizás si las cosas hubieran sucedido de otra manera...

## LA ILUSIÓN DEL PRIMER DÍA

*Madrid, Septiembre de 1970*

Por fin llegó el gran día, aún lo recordaba como si no hubiera pasado el tiempo. Eran las siete y media de la mañana de un día soleado. Oía a mis padres en la cocina, seguramente hablando de mí. Quizás pensaban que seguía dormido pero lo cierto era que no había pegado ojo en toda la noche. Siempre que al día siguiente tenía algo importante que hacer solía desvelarme sin conseguir apenas conciliar el sueño, y ese día no fue una excepción.

Continué tumbado en la cama durante unos minutos más, esperando que sonara el despertador. No lo necesitaba, pero quise creer que sería el pistoletazo de salida. Sólo necesitaba apagar el reloj de la mesilla y empezar una gran aventura: el albor de una nueva vida, tal como la quería, aferrándome al futuro prometedor que se abría ante mis ojos.

Unos pasos silenciosos se acercaron entonces por el pasillo, aunque los había intuido mucho antes de que sonara un leve toque de nudillos en la puerta:

—David, despierta. Vamos, hijo, que llegarás tarde a tu primer día de clase —dijo mi madre con su dulce voz.

—Sí, mamá. Tranquila, ya estoy despierto. Enseguida voy —contesté.

Ella se alejó tan silenciosamente como había llegado. Era una de sus características: nunca hacía ruido, ni en ese ni en ningún otro sentido de su existencia. Mi madre, Laura, era una trabajadora nata, maestra de escuela, y le disgustaba ser el centro de atención. Aunque la familia o su clase de primaria giraran en torno a ella, como si fuese el motor sin cuya presencia nada tendría sentido, nunca se vanagloriaría de ello. Sabía hacerse querer y contaba con el respeto de todos. Jamás la oímos jactarse de nada; era una persona humilde, sencilla, que sólo buscaba el bienestar de los demás, aún a costa del suyo propio.

Me duché deprisa y corriendo y volví a la habitación para vestirme. Era el primer día en la universidad y quería causar buena impresión. Después de duras negociaciones para convencer a mis padres comenzaba la carrera de Periodismo en la Universidad Complutense, la más conocida de Madrid y una de las mejores de España.

En pocos minutos estuve listo. Fui a la cocina y allí encontré a mi padre. Le veía con su sempiterno bigote, tomándose un café a la carrera mientras hojeaba el periódico, de pie, fiel a su costumbre.

—Buenos días, David, ¿cómo te encuentras hoy?

—Muy bien, papá, nervioso y ansioso por ir ya a clase —repliqué mientras me lanzaba hacia las tostadas con mermelada de albaricoque.

—Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti y espero que no nos decepciones.

—Sí, ya lo sé. Haré todo lo posible para no defraudaros, no te preocupes.

Mi padre se llamaba Antonio Sanromán. Era un pequeño comerciante al que no le habían ido mal las cosas aunque por aquellos días seguía luchando para sacar adelante a su familia. Tenía un pequeño establecimiento de ferretería que había crecido gracias a su esfuerzo y dedicación y tras años de lucha pudo incluso contratar empleados para ayudarle en el negocio. Había prosperado en nuestro barrio de siempre y se permitió el lujo de mandar a su único hijo a la universidad, algo vetado en esa época para gente no adinerada.

Vivíamos en una pequeña casa unifamiliar, herencia de la rama paterna, reformada con el sudor y el sacrificio de todos hasta conseguir un verdadero hogar. En aquella época, mi padre pudo vislumbrar alguna vez miradas de envidia en los ojos de sus vecinos: por su casa, su negocio, el poder llevar a su hijo a la universidad y sobre todo, por el moderno SEAT 1430 que se acababa de comprar, pensando quizás que él también tenía derecho a permitirse un caprichito después de tantos años de estrecheces.

El bólido acababa de salir de la fábrica. Heredero del SEAT 124, pero con numerosos adelantos, nuestro vehículo pertenecía a la segunda serie del coche que había triunfado en España. Contaba con 1440 centímetros cúbicos y 75 CV, una maravilla en aquel tiempo. Mi padre lo eligió en un tono azul oscuro, con esa tapicería en skay negro que lo hacía más señorial. Paseábamos en él como si fuéramos los marqueses del barrio, ajenos a las miradas del vecindario.

Recuerdo perfectamente como bajamos ambos de casa antes de montar en el flamante automóvil. Vivíamos cerca del distrito de Argüelles, así que no tardamos nada en enfilarse la calle Princesa, dejar Moncloa a un lado y encaminarnos a la zona universitaria de Madrid.

Me emocionó transitar por la Avenida Complutense, la misma que a partir de ese momento sería como mi segunda casa. Tenía bastantes árboles, jóvenes pero frondosos, que flanqueaban nuestro paso a ambas orillas de la carretera. Dejamos a nuestra diestra la Facultad de Medicina y la de Farmacia, y aparcamos unos metros más allá. Sólo quedaba cruzar la calzada, puesto que la Facultad de Ciencias de la Información, —así rezaba en su fachada—, se encontraba al otro lado.

Aquella mole de cemento gris, similar a un inmenso hormiguero de donde salían y entraban montones de personas, causó una intensa emoción en mi ánimo al divisarla por primera vez. Desde un punto de vista plástico se trataba de un edificio horrible, pero siempre lo vería con buenos ojos dadas las circunstancias.

Sudé lo indecible hasta conseguir matricularme en dicha facultad. Mis padres querían que estudiara, pero se habían emperrado en que fuera médico o abogado. Todo por aquella cantinela social de que eran profesiones respetadas y siempre quedaba bien decir que uno pertenecía a esos gremios, muy distinguidos en aquellos tiempos. Pero al final triunfé, y tras muchas discusiones, alguna incluso acalorada, conseguí convencer a mis progenitores. Además, nunca hubiera podido ser médico. ¡Si siempre me he mareado al hacerme un simple análisis de sangre! Pensaba que para ser médico se necesitaba llevarlo en los genes o tener una vocación muy fuerte, y ese no era el caso.

En cuanto a lo de picapleitos, cómo se decía vulgarmente, me llamaba más la atención pero no me terminaba de convencer. Disfrutaba con las historias de Perry Mason o Ironside e incluso soñaba despierto, ejerciendo de fiscal sin mi timidez habitual mientras acorralaba al acusado como mi verbo fácil, asaeteándole con preguntas rápidas y directas para poder desenmascarar su coartada. Pero claro, no estábamos en Hollywood; en cuanto me informé sobre las asignaturas y sobre el infame porvenir al que podía aspirar como simple pasante en cualquier bufete de la ciudad se me quitaron rápidamente las ganas.

Prefería ser periodista por varias razones. Se trataba de una profesión que englobaba varios de los aspectos que más me gustaban en la vida: la investigación y el poder escribir sobre algunos de los temas que sucedieran a mi alrededor. Y con esa innata valía para meterme en líos y deshacer entuertos, —como decía siempre mi pobre madre, que había acabado harta de las travesuras de un colegial más introvertido de lo que a simple vista parecía—, creí que podría conseguirlo y aunar todas esas pequeñas virtudes para convertirme en una persona de provecho.

Mi padre me acompañó hasta la entrada. Le veía emocionado, aunque él intentaba ocultarlo. Miré las manecillas del reloj y sentí que había llegado el momento. Me adentré en el edificio dispuesto a afrontar esa nueva etapa, sin saber lo qué me depararía el destino. Tiempo tendría de averiguarlo, así que una vez en clase saqué un cuaderno, preparado para coger los primeros apuntes de la clase de Lengua.

El primer mes de clase transcurrió de manera placentera, casi sin darme cuenta. Había trabado amistad con un chico muy simpático que se sentaba al lado, de nombre

Pedro Guzmán. Además me servía de ayuda académica, puesto que Pedro era repetidor de primer curso y conocía algunos truquillos con los que poder desenvolverme mejor en el comienzo del año académico.

Mis padres estaban satisfechos con los logros conseguidos. Veían por fin la recompensa a tanto esfuerzo y supieron que habían hecho lo correcto; fue la decisión acertada. Ellos me sacaron del orfanato ofreciéndome una nueva oportunidad en la vida y sólo me quedaba aprovecharla.

Sí, yo era huérfano. No recordaba muy bien mis primeros años de vida, ya que los Sanromán me adoptaron justo al cumplir los siete. En mi memoria sólo albergaba el recuerdo de un horrible hospicio que nos parecía una cárcel a todos los que vivíamos allí. Según pude averiguar después, mi madre biológica me había abandonado, depositándome cuando era sólo un bebé a la entrada de la iglesia de San Ginés, en pleno centro de Madrid. El párroco habló con las monjas del cercano convento de las Descalzas Reales y ellas, después de consultar con las autoridades, resolvieron llevarme a un hospicio mitad religioso mitad propiedad del Estado, donde fui internado sin más dilación.

Yo era un chaval muy despierto y desde el primer momento Carmen, la madre superiora, me trató como si fuera hijo suyo. Me acogió bajo su protección e intentó llevarme por el buen camino. Ella tenía una hermana que era estéril y esa fue mi salvación, ya que fui adoptado por la familia Sanromán. Por lo visto Laura, mi madre, permanecía sumida en una profunda depresión de la que salió gracias a mi llegada. O eso me contó siempre.

Todo eso había sucedido mucho tiempo atrás y en ese momento tenía que concentrarme en mi futuro. Finalizaba otra semana de clases, inmersos ya en el otoño de 1970, y fui a despedirme de Pedro, pero observé que charlaba con otro chaval en la entrada del edificio principal. A ese muchacho le conocía de vista, bueno, íbamos a la misma clase, pero no había cambiado ni dos frases con él. Se llamaba Álvaro Fournier y era el primogénito de un acaudalado hombre de negocios, muy conocido en las altas esferas. Quería acercarme a ellos para desearles un feliz fin de semana, pero algo lo impidió.

En ese momento la vi, mientras bajaba de un automóvil plateado. El Mercedes de los padres de Álvaro aparcó en la misma puerta de nuestra facultad y ella bajó del coche como una deidad purísima, como un ángel etéreo que se hubiese dignado en descender a

la Tierra para mortificarnos con su sola presencia. Era algo irreal, pero a la vez tan tangible y maravilloso que casi hacía daño al alma de solo mirarla.

Era la hija pequeña de los Fournier. Luego me enteré de su nombre: Elena. Me había quedado obnubilado y ni siquiera escuché las voces de mi padre llamándome desde su coche, aparcado unos metros más allá.

La muchacha salió al encuentro de su hermano. Su sola presencia había iluminado la mañana, con un vestido color crema agitándose con la brisa del norte llegada a nuestro regazo. Admiré su delicado talle y la esbelta figura que casi flotaba, pues sus pies no tocaban el suelo según mi parecer, mientras recorría los escasos metros que le separaban de los dos chavales.

Una melena negra como el azabache ondeaba sin rubor, rematando el juvenil rostro. Su palidez era extrema y aún se acentuaba más al contrastar con su pelo y sus ojos. Sí, sus ojos. Unos ojos de un verde infinito, insondables, de una tonalidad que no pude distinguir bien a esa distancia, insinuando un océano callado de sensaciones que embargaban al qué, pobre de él, se atreviera a mirar en sus profundidades. Adornados por unas pupilas que llamaban a la destrucción moral del hombre, como aquellas sirenas de la epopeya de Ulises, tirando con fuerza de tu alma, absorbiéndote sin remedio hasta caer en los abismos abisales de la perdición. Esa era mi diosa, y su embrujo conquistó el corazón de este pobre mortal. No podía respirar y sólo pude salir del atolondramiento cuando llegó mi padre al rescate.

—David, ¿no me oías? Te he llamado a voces desde el coche y tú ni caso —le escuché decir a kilómetros de distancia, pues mis sentidos seguían sin responder a la perfección.

—Sí, sí, ya voy —respondí casi como un autómata.

—Ah, pillastre, ya sé lo que te pasa. Observabas a esa chiquilla.

— ¿Quién, la hermana de Álvaro? No, sólo contemplaba el coche. Vale, sí —admití—, he mirado porque sentía curiosidad por ver como era su famosa familia, nada más.

—Vale, lo que tú digas, hijo —dijo mi padre entre risas—. Pero uno es perro viejo y sabe de estas cosas. Y te entiendo, que conste. Así que no diré nada más, sólo te advierto que tengas cuidado. Venga, vamos para casa; nos espera tu madre con la comida.

Llegamos a nuestro domicilio. No probé apenas bocado y sufrí la regañina de mi madre, siempre pendiente de todo. Me encerré en la habitación con la excusa del estudio, pero sólo quería evocar la imagen que había trastornado mis sentidos. A lo lejos, entre brumas, oí a mi padre reírse y contarle a su esposa lo sucedido. Ella se preocupó,

pero él quiso tranquilizarla pues creía que sólo se trataba de cosas de chiquillos. Qué no era nada grave, dijo mi padre, sólo algo por lo que todos pasábamos: nuestro primer enamoramiento.

Intenté disimular como pude durante toda la semana, aunque se me vio un poco el plumero cuando a media semana Álvaro se acercó a nuestro pupitre y nos comentó que el viernes por la tarde jugaría con unos amigos un partido de fútbol. Casualmente les faltaban dos chicos para completar los equipos, menuda suerte la nuestra. Sin darme cuenta y casi sin pensarlo confirmé que nosotros iríamos encantados. Tanto estudio no era bueno y había que desintoxicarse un poco, le aseguré con fingido aplomo.

Dadas mis innatas habilidades sociales, con la timidez como bandera principal, Pedro me caló enseguida al observar mi extraña reacción ante Álvaro. Me miró con dureza y no pudo contenerse. Él era bastante más sociable que yo, alternaba con diversos grupos de universitarios, e incluso tenía un moderado éxito entre las féminas debido a su pulcra melena rubia y esos ojos azules de galán de cine. Pedro me echó entonces en cara la extraña actitud de toda la semana y lo amistoso que había estado con Álvaro, cuando casi ni le conocía y parecía caerme mal. Me inventé una excusa, diciéndole que no había que prejuzgar a la gente y que mi actitud de los últimos días se debía a las presiones familiares. Puso cara rara, sin ánimo de tragarse el embuste, pero por lo menos no continuó con el tema.

Al llegar el viernes Pedro y yo fuimos al partido y nos divertimos bastante. Me eligieron a suertes en el equipo de Álvaro y ganamos el choque merecidamente. Aunque no fuera un as del balón no me salió mal encuentro. Además metí un gol y le di un pase muy bueno a nuestro anfitrión, que sólo tuvo que empujarla para que entrara en la red. Álvaro lo celebró como si acabase de meter el gol que nos dio la Eurocopa del sesenta y cuatro contra los rusos.

Con aquellos pequeños detalles me lo gané como amigo a partir de entonces, subiendo puntos en el escalafón social de Álvaro. La recompensa llegó de la manera más insospechada días después. Álvaro nos comentó *sotto voce* que el sábado anterior a la Navidad iba a celebrar una pequeña fiesta, un guateque con unos amigos en la casa de sus padres, ausentes por unos días de asueto en la nieve. Naturalmente Pedro y yo aceptamos la invitación.

Nos pusimos nuestras mejores galas para la ocasión. Mi padre nos acercó en coche hasta la misma puerta, despidiéndonos de él ilusionados ante la tarde que se avecinaba, mientras nos advertía con las típicas recomendaciones paternas.

Entramos en un portal enorme, todo de mármol de primera calidad, con profusión de espejos, plantas y alguna estatua. Nos encontrábamos en el centro de la Castellana, una de las calles más importantes de Madrid. Según se rumoreaba, Álvaro vivía con su familia en un fastuoso ático triplex de más de quinientos metros cuadrados, motivo de envidia para muchos.

Subimos a la última planta del edificio en un ascensor que nos llevó hasta la misma puerta, puesto que no existía un rellano de escalera propiamente dicho. Se asemejaba a las suites nupciales que solían aparecer en las películas clásicas americanas, esas en las que el protagonista entraba en el ascensor y segundos después se encontraba ya dentro de la habitación. En el caso que nos concernía no era tan acentuado ese aspecto, pero le andaba cerca. Toda aquella planta y la superior más el altillo, eran propiedad de los Fournier. El ascensor nos dejó a la espalda de la puerta de servicio, dándonos de bruces con la entrada principal, una puerta de roble americano que nos impedía el paso a nuestra primera gran experiencia social.

Llamamos al timbre y nos abrió Álvaro. Se le veía contento, muy feliz, y nos acompañó al interior de su hogar. La casa estaba decorada con obras de arte, alfombras persas y arañas de cristal que iluminaban las estancias con un sutil encanto barroco. Subimos por una pequeña escalera a la planta superior del piso, que efectivamente era un triplex, y nos quedamos anonadados.

Esa última planta era un soleado salón de unos ochenta metros cuadrados que el anfitrión había despejado de muebles para poder albergar a sus invitados. Pero lo mejor de todo era la terraza. El salón tenía grandes ventanales que daban paso a una enorme terraza, acristalada y aislada contra el frío de Madrid. Álvaro observó nuestra cara de asombro, y nos acompañó, orgulloso como un pavo. Salimos al exterior y contemplamos las vistas. Se divisaba toda la ciudad desde aquella altura, y allá arriba nos sentíamos como los reyes del mundo.

La fiesta se encontraba en todo su esplendor. Conté entre cuarenta y cincuenta personas, a algunos los conocía de la universidad, pero a otros no. Enseguida nos mezclamos con el grupo de Álvaro y charlamos con la gente de alrededor, mientras se oía música de los Beatles en el tocadiscos. De pronto la vi y se me paró el corazón. Apareció por una esquina del salón muy discretamente. Elena le dijo algo a su hermano y desapareció tan súbitamente como había llegado, perdiéndose por otra salida de aquella inmensa mansión.

Me puse lívido tras esos fugaces segundos de aparición. Me enfadé porque parecía idiota, se nublaban mis sentidos y no podía hacer nada por remediarlo. Pedro se dio cuenta y enseguida vino a por mí; no tenía más remedio que contárselo, y tras su insistencia tuve que desembuchar. Comencé por la mañana en que vi a Elena bajarse del coche y acercarse a ellos mientras me marchaba. Le confesé a Pedro mis sentimientos hacia la hermana de Álvaro, soltando el lastre que me oprimía el pecho desde aquel fatídico día en que la vi por primera vez.

Pedro me miró con expresión divertida y asintió. Me echó en cara no habérselo comentado, aunque intuía que algo rondaba por mi cabeza. Abochornado solicité clemencia y enseguida me repuse tras el gesto cómplice de mi amigo; tenía que conocerla y Pedro podría ayudarme. Él no tenía problemas en entablar conversaciones con cualquiera y además, caer simpático a la primera. Le necesitaba para no meter demasiado la pata visto el estado de ansiedad en el que me encontraba, so pena de hacer el más espantoso de los ridículos. Nos acercamos de nuevo al grupo del anfitrión y Pedro se lo soltó a bocajarro.

—Oye, Álvaro, he visto acercarse a tu hermana y no he tenido tiempo de saludarla, ha desaparecido en un visto y no visto.

— ¿Quién, Elena? Sí, por castigo paterno tiene que estudiar todas las tardes en su cuarto, ha suspendido matemáticas. Está encerrada con la bruja del ama de llaves para que no se distraiga de los libros. Y ha subido para pedirme que bajáramos la música, que como le gusta tanto, está más pendiente de la fiesta que de los números y no quiere enfadar a nuestro padre.

— ¿Matemáticas dices? Pues casualmente nuestro amigo David es un hacha. Podía echarle una mano y así se libraba del sargento de la Guardia Civil —dijo Pedro sonriéndome.

—No me digas que aparte de meter goles, sabes de matemáticas —replicó Álvaro.

—Bueno, no se me dan mal, pero tampoco soy Einstein —contesté azorado.

—Pues nada, yo se lo comento a Elena y a mi padre, y si le puedes echar una mano a la pobre, pues eso que ganamos todos.

—Sí, sí, una mano es lo que le quiere echar, seguro... —murmuró Pedro para sus adentros, aunque llegué a oírle.

—Bueno, no sé, no quiero ponerte en un compromiso. Si quieres dile que descanse un rato de sus estudios y así podemos charlar con ella tranquilamente —dije sin saber como habían salido aquellas palabras de mi garganta.